

viveres para un año, y toda clase de socorros para la guerra santa, compromisos á que tuvo que suscribir irremisiblemente.

Este cambio repentino que hacia pasar á un príncipe desde la cárcel al trono, este triunfo que ahorra combates con el ejército de Alejo, colmó el alborozo de la victoria. A instancias del emperador acamparon los cruzados en Gálata, donde se les proveyó de todo con abundancia; no cesaban de admirar cuanto veían en torno, y su atención se fijaba principalmente en las innumerables reliquias de que aquel arrabal estaba lleno. Despues de haber sido coronado el jóven Alejo en medio del cortejo de los barones, pompa desusada por los emperadores de Oriente, pagó parte de la suma prometida. Si hubiera continuado la buena inteligencia entre los latinos y los griegos, quizá era aquella la ocasion de rejuvenecer el imperio, haciéndole entrar en la alianza cristiana para tomar parte en la empresa comun, y pelear de concierto al enemigo de los cristianos.

En esto los señores latinos, enviaron como leales caballeros, heraldos al sultan del Cairo y de Damasco, para anunciarle su llegada en nombre de Cristo, del emperador de Constantinopla, de los príncipes y barones de Occidente. Informaron tambien al papa y á los príncipes cristianos del feliz éxito de sus armas, con invitacion de tomar parte con ellos. Pero el papa no respondió á este parecer sino con repulsas, y se negó hasta á bendecirlos. Aceptó sólo las excusas de Alejo, exhortándole á sostener sus promesas.

Pero para mantenerlas, era preciso reunir la Iglesia griega á la latina, y proporcionar dinero. Ahora bien, lo que hizo con este objeto debia producir su ruina; despues de haber despojado á las iglesias, obligó á sus súbditos á abjurar el cisma, y los cruzados en su celo, emplearon hasta la violencia contra los que resistian. Se atrajo de esta manera el odio de sus súbditos; así era que invitaba vivamente á los cruzados á no emprender la marcha si no querian exponerse á sucumbir bajo las revueltas y permitir á la herejía volver á levantar la cabeza. Los comprometia á aguardar la primavera, prometiéndoles subvenir hasta entonces sus necesidades.

Habiase refugiado el otro Alejo en las mon-

tañas de Tracia, pidiendo socorro á los búlgaros, que se habian hecho independientes y habian jurado á los griegos una mortal enemistad. El nuevo emperador que marchó contra los rebeldes, no supo hacerse ayudar por los cruzados, para domeñar á los búlgaros, y se contentó con haber sometido las ciudades de Tracia.

Un incendio que asoló á Constantinopla por espacio de ocho dias, hizo que el descontento llegase á su colmo; y bien vió Alejo que no podia contar sino con los latinos. Pero la costumbre que contrajo de vivir entre ellos no hizo más que disminuir el respeto á su suprema autoridad; y más de una vez aconteció que arrebatándole el marinero veneciano la diadema de piedras que ceñia su frente, le cubrió en cambio con su gorro de lana. Temblaban los griegos, y por otra parte el ciego Isaac tenia celos de su hijo. Rodeado de monjes y astrólogos, descuidaba el jóven príncipe los negocios, y no sabia encontrar otro remedio á los motines que hacer trasladar desde el hipódromo á su palacio el jabalí caledonio, símbolo del pueblo enfucido, así como el pueblo derribaba una estatua de Minerva, á la que acusaba de las desgracias presentes. Este valor que el amor á la patria no podia inspirar á la generalidad, se lo dió el amor á las riquezas, y se alzó para conservarlas. Otro Alejo Ducas, apellidado Murtzuflo (es decir de espesas cejas), que habia fingido afecto al jóven emperador, al mismo tiempo que se entendia con el pueblo y le excitaba contra las cruzadas, aconsejando al príncipe se confiase en sus manos, se puso al frente de la insurreccion y cayó sobre los cruzados con cierto número de amigos. Creyó cogerlos desprevenidos, pero vió dispersos á los suyos, y él mismo hubiera quedado prisionero, si no se hubiera abierto paso con su valor, lo que aumentó su reputacion.

En esto llegaron de Palestina cruzados vestidos de luto (1204), para anunciar que los cruzados de Flandes y Champaña, con cierto número de ingleses y bretones, que habiéndose separado del ejército cristiano en Zara, se habian unido en Siria al príncipe de Armenia, habian sido sorprendidos y destrozados por los musulmanes. Añadian que el hambre y la peste asolaban aquel país, y que se habian enter-

rado dos mil cadáveres en un dia en Tolemaida. Solicitaron entonces los cruzados el pago de los subsidios prometidos; pero no atreviéndose ambos emperadores á explicarse abiertamente por temor de sublevar al pueblo, respondieron á su demanda con altivez. Entonces los latinos se dispusieron á volver á tomar á Constantinopla, y los griegos á incendiar la escuadra veneciana.

Diez y siete brulotes se lanzaron durante la noche, y ya los griegos se regocijaban desde lo alto de las murallas viendo el fuego adelantarse hácia sus barcos. Pero los latinos llegan á ahuyentar el peligro, é indignados con semejante traicion, no escuchan ya las proposiciones de su protegido. Esparce la noticia Murtzuflo de que Alejo quiere entregar Constantinopla á los latinos, y el pueblo pide á voces otro emperador. Llama Alejo en su socorro á los latinos; despues, en el momento en que llegan, les hace cerrar las puertas. Estalla una sedicion, á instigacion de Murtzuflo, quien fingiendo ayudar al emperador le atrae á un lazo y le da muerte. Muere Isaac de espanto y dolor, y Murtzuflo es llevado en triunfo á Santa Sofia. Entonces envió diputados al dux y á los jefes de los latinos que ignoraban esta revolucion, para invitarlos á acudir al palacio de los Blachernos, con objeto de recibir la suma prometida, siendo su intencion el hacerlos degollar allí á todos. Pero Dándolo concibió sospechas, y cuando la noticia de lo que habia pasado llegó al campo, todos juraron vengar á Alejo.

Murtzuflo rescataba entretanto aquellos á quienes sus predecesores habian enriquecido; y recorriendo la ciudad armado con una espada y una maza ferrada, reanimaba con su valor el de los griegos. Trató de nuevo incendiar la flota y sorprender á los latinos, pero sin conseguirlo; despues, cuando el estandarte de la Virgen Maria cayó en manos del enemigo, creyéndose los griegos abandonados de su protectora, se encerraron en la capital, donde cien mil hombres trabajaron noche y dia. Conocian los cruzados la dificultad de tomar una plaza tan admirablemente situada. Despues de un consejo en que se deliberó maduramente, se decidió que Murtzuflo sería depuesto y que le sustituiria un emperador latino, á quien perte-

neceria la cuarta parte de las conquistas; que el resto sería dividido entre los venecianos y franceses, y que se terminarian los derechos feudales de los emperadores, de los súbditos, de los grandes y pequeños vasallos.

Despues de haberse dividido de esta manera la presa antes de tenerla, marcharon al asalto por la parte del mar. Rechazados la primera vez, á la segunda ganan la muralla. Huye Murtzuflo, y la muchedumbre corre á Santa Sofia para darse otro emperador. Recae la eleccion en Teodoro Láscaris, que trata de reanimar al pueblo contra los latinos, ya encaramados en los baluartes; pero nadie le secunda, y se ve reducido á implorar merced para sí y los suyos. Prometieron los jefes el perdon, y trataron de preservar algunos edificios; pero era posible detener esta multitud de guerreros, en la embriaguez de poseer en fin, una presa tan largo tiempo codiciada? Nada se libertó, ni el pudor, ni la edad, ni la santidad de las iglesias ó de los sepulcros. Una prostituta subió al púlpito de Santa Sofia; acémilas cargadas de despojos manchaban los altares con la sangre que corría de sus heridas. Soldados, arrojando sobre sus hombros las largas vestiduras de los griegos, cubrian á sus caballos con gorros de tela y los cordones de seda de los orientales, y corrían las calles, llevando en vez de espadas papel y escritorios, para hacer mofa del saber afeminado de los griegos. Fueron derribados ó estropeados los monumentos con que habian enriquecido á la ciudad Constantino y sus sucesores. El oro, las alfombras, las pedrerías eran arrebatadas con ayuda de fraudes, de violencias, y sin que se retrocediera ante la efusion de sangre; no excitaban ménos codicia las reliquias, no sólo de los santos, sino hasta de Jesucristo. Terminado el saqueo, celebraron los vencedores devotamente la Pascua.

Murtzuflo se refugió al lado de Alejo, su suegro, quien despues de una cortés acogida le mandó sacar los ojos y le expulsó de su corte. Preso en seguida por los latinos, fué arrojado ignominiosamente desde lo alto de una columna. Cuando Alejo aspiraba á evadirse cayó en manos del marqués de Montferrato, quien le llevó á Italia, desde donde logró al fin escaparse. Retirado al lado del sultan de Iconio, volvió á asaltar á Láscaris con los turcos;

pero éste se apoderó de su rival, y le encerró un un monasterio.

El botín que debía repartirse en comun (y muchos fueron ahorcados por no haber presentado fielmente lo que habian cogido), ascendió á quinientos mil marcos de plata (24.000,000 de francos), á pesar de los estragos de dos incendios, y de haber retirado la cuarta parte para el emperador y el precio del flete de los venecianos. Se puede, pues, calcular en totalidad en cincuenta millones. Cierta es que si el todo fuera abandonado á los venecianos como pedian, hubieran sacado mejor partido y con menos crueldades. Hizose el reparto en la proporcion siguiente: un caballero recibió tanto como dos hombres de á caballo, y un hombre de armas de á caballo tanto como dos peones.

Difirióse la eleccion de un emperador á seis electores venecianos y á otros tantos eclesiásticos franceses. Los candidatos propuestos fueron Enrique Dándolo, el marqués de Montferrato y Balduino de Flandes, el defensor de los débiles y de los pobres. Dándolo no quiso trocar por un trono el título de jefe de una república victoriosa; y sus compatriotas, por rivalidad contra un príncipe vecino, se pronunciaron en favor de Balduino, que fué proclamado. El advenimiento del nuevo emperador, á quien revistió la púrpura el legado pontificio, fué celebrado con fiestas al estilo de Occidente, y con cánticos latinos en las iglesias. Se le ofreció, segun costumbre, una vasija llena de osamentas y de polvo, y se prendió fuego á una paca de olgodon, para traer á su memoria cuán próximas estaban á desvanecerse las glorias de este mundo.

Esta conquista, que habian tenido grande anhelo de intentar los primeros cruzados, era un triunfo para el papado, aunque se habia hecho contra la voluntad del pontífice. Balduino tomó el título de caballero de la Santa Sede. Escribió al papa Inocencio como si hubiera sometido una nacion nueva á la supremacia romana, invitándole á que fuera personalmente á gozar de esta victoria. El marqués de Montferrato declaró que á la primera orden del papa estaba pronto á arrostrar la muerte en aquellas playas. El mismo dux de Venecia inclinó la frente, y alegó para excusar la expedicion, la necesidad de un punto de recalada en Constan-

tinopla para dirigirse desde allí á Jerusalem, é imploró la absolucion.

Fijándose Inocencio III ménos en la ventaja de la Santa Sede que en la justicia, les censuró por haber preferido las glorias terrenales á las del cielo; les intimó que pidieran perdon á Dios por la licencia militar, por la violacion de las cosas sagradas, y que merecieran su misericordia cumpliendo el voto de libertad á la Tierra Santa. Con esta esperanza, dió su bendicion á los que estaban en entredicho, se felicitó con los obispos del castigo impuesto á los griegos contumaces, é invitó á otros cristianos á participar de la gloria de nuevas empresas.

Conforme á otros convenios celebrados entre los vencedores, tocó á Balduino la cuarta parte de todas las posesiones del imperio, es decir, los dos palacios de Blacherna y de Bucoleon, con la Tracia; Venecia obtuvo tres de los ocho barrios de la ciudad y la mitad de las tres cuartas partes del imperio, una parte del Peloponeso, las islas y la costa oriental del Adriático, las de la Propóntida y del Ponto-Euxino, las riberas del Hebra y del Vardari, las plazas marítimas de la Tesalia, y de las ciudades de Cypse, de Didymotichos, de Andrinópolis; tocaron á los franceses la Bitinia, la Tracia, Tesalónica, Grecia, desde las Termópilas hasta el cabo Sunio, y las grandes islas del Archipiélago; los países situados más allá del Bósforo, con Candia, fueron atribuidos al marqués de Montferrato. Estas adquisiciones rápidas habian acalorado las imaginaciones, y ya los barones de Occidente se encontraban poseedores de reinos y ducados á orillas del Oronto y del Eufrates: otros empleaban su parte de botín en la compra de feudos en el territorio conquistado, cuyo avasallamiento aún no estaba cumplido del todo. Hasta se repartieron las iglesias entre venecianos y franceses, y la dignidad de patriarca fué confiada á Tomás Morosini. Esta era sin duda una espléndida victoria, aunque ofrecia escasa seguridad.

A la noticia de este brillante triunfo y de la presa que se repartian los vencedores, se vió regresar de Palestina á los que desde luego se habian dirigido á aquel punto; acudieron los hospitalarios y los templarios adonde habia que ejecutar empresas fáciles y lucrativas; de tal manera que de todas parte se alzaban nuevos

estados, á medida que cada cual queria hacer valer en ventaja suya el único derecho de aquel instante, el de la espada.

Así sometieron los latinos á su autoridad todas las riberas de la Propóntida y del Bósforo hasta la antigua Eolida, y desde el Helesponto hasta el Ida. Invadieron la Grecia por las Termópilas indefensas; el Atica y el Peloponeso aguardaban su salvacion de aquellos nuevos héroes, y Argos, Corinto, Tebas, Atenas, la Acaia, Esparta tuvieron príncipes nuevos. Luis, conde de Blois, fué duque de Bitinia; Guillermo de Champlite, bastardo de Champaña, fundó el principado de la Aaia, del cual dependian como feudos los ducados de Tebas y de Atenas, conquistados por el borgoñon Othon de la Roca. Champlite fué despues despojado por Geoffroy Villeharduino, á quien los venecianos reconocieron como príncipe de toda la Morea, aunque reservando para sí Moron y Coron; Atenas y Tebas pasaron igualmente á la familia de Brienda: Jacobo de Avesnes, señor de Hainaut, obtuvo á Negroponto; Regnier de Trith se hizo duque de Filipópolis, y el conde de San Pablo príncipe de Demótica.

A la caída del imperio pareció como si se despertaran la actividad y la vida entre los griegos: Alejo Comneno, descendiente de Andrónico el Viejo y gobernador de la Colchida en el país de los Lazos, se negó á reconocer á Balduino; y su nieto hasta tomó el título de emperador de Trebizonda, Estado que duró el siglo XV.

Los assises de Jerusalem, fueron introducidos en el imperio griego como los de los latinos y de los francos, y las diversas partes del territorio gobernadas á estilo de los feudos de Europa. Así, por ejemplo, los venecianos que se abrogaron la soberanía sobre cuarta parte y media del imperio, despues de avasallar la Creta, instituyeron allí noventa mil caballeratos. Setenta y cinco mil de ellos fueron distribuidos á otros tantos caballeros, y construyeron la ciudad de la Canea con murallas y fosos, en que obligaron á trabajar á los campesinos, á razon de un hombre de servicio personal por cada caballerato. La jurisdiccion de la ciudad pertenecia al capitan y consejero de la república; el barrio de los judíos, el puerto, el arsenal, las puertas, formaban parte del comun

veneciano. Los caballeros fueron obligados á llevar de Venecia á Creta y de mantener á su costa cada uno dos caballos, uno de valor de ochenta libras venecianas, otro de cincuenta, de edad de tres años; luego á comprar otro de veinticinco libras en el término de mes y medio. Además cada uno tuvo que tener un sargento con un buen caballo cargado de hierro, y tres escuderos para llevar la coraza y todas las armas de caballería; y además dos ballestas de cuerno con escuderos capaces de dispararlas, vástagos de nacion latina y de veinte á cuarenta años. Se encomendó á todo caballero estar provisto de una buena armadura y tener su caballo encubertado de hierro. Agraciados los sargentos con un semi-caballerato, tuvieron que llevar de Venecia un caballo de cincuenta libras por lo ménos, y dos escuderos; luego, que proporcionarse otro caballo en el término de mes y medio, de coste de veinticinco libras; por último, que estar bien armados. El sueldo de cada caballero se fijó en seiscientas libras. Estos caballeratos no podian ser empeñados ni asidos por deudas; y el sueldo tuvo que emplearse en la adquisicion de tierra, y no de otro modo, hasta que se pagará totalmente. Por lo demas, cada cual estuvo obligado á ayudar en todo á los gobernadores de la isla, y especialmente al comun de Venecia.

Pero la conquista hecha sin inteligencia agotaba los manantiales de la prosperidad pública hasta el punto de hacer desaparecer los medios de existencia. El sistema feudal impedía el concierto en tiempo de guerra y el buen orden en tiempo de paz. Ciertas ciudades se regian, mitad segun las leyes feudales, mitad con arreglo á las de Venecia, ó en conformidad al derecho eclesiástico; además la suavidad del clima enervó muy pronto á los soldados, y el menosprecio recíproco impidió á los vencedores y vencidos fundirse en un solo pueblo; considerando Joanice, rey de los búlgaros, á los cruzados como hermanos, envió á solicitar su amistad; pero el emperador le trató de rebelde y le ordenó que fuera á prosternarse delante de su trono. Joanice disimuló, y aguardó la ocasion del descontento de los griegos; ahora bien, indignados éstos contra sus conquistadores, no tardaron en llamarle en su ayuda para su proyecto de levantamiento y venganza.

De repente comienza el asesinato de los latinos destinados en el imperio; son derribadas sus banderas, y reemplazadas por las de los búlgaros. Reune Balduino sus fuerzas, y marchando contra el enemigo le sitia en Andrinópolis, cuyas murallas estaban en buen estado de defensa. Adelántase Joanice contra él, y la bandera de San Pedro que le ha dado el pontífice, ondea en frente de la cruz de los latinos, guiando hordas de comanos, nacion feroz que sacrificaba á los cristianos en los altares, y de los tártaros de veloces corceles, que peleaban huyendo. Vencidos los francos, perecen los más valientes. Balduino queda prisionero entre los búlgaros, que le dan muerte al año siguiente; y los griegos se regocujan al ver á sus vencedores arrollados por todas partes. Veinte mil armenios que habian tomado parte con los cruzados, fueron muertos. El feroz búlgaro lleva igualmente la desolacion á todas partes, amigos ó enemigos. Pronto se ven los griegos obligados á implorar el socorro de los latinos; algunas ciudades se rebelan, son asolados los campos, y Joanice concluye una alianza con Láscaris, enemigo irreconciliable de los cruzados.

Esparcióse la noticia de que Balduino habia perecido; pero nadie podia decir de qué modo. Sin embargo, veinte años despues, un anciano se presentó á Juana, condesa de Flandes, su hija, dándose por padre suyo. Ella no le reconoció; pero el pueblo procedió de otra manera; así fué que tuvo que refugiarse al lado de Luis VIII, rey de Francia, que la volvió á llevar con su ejército. Como el anciano no pudo contestar á algunas de sus preguntas, le trató de impostor, y le hizo desaparecer; lo que le valió ser tenida por el pueblo como parricida.

Tambien habia muerto Enrique Dándolo, despues de haber visto la rápida decadencia del imperio; sucedió Enrique de Hainaut á su hermano Balduino (1206), en medio de desastrosas circunstancias, y de una doble guerra que sostener con los griegos de Asia y los búlgaros de Europa.

La cuarta cruzada, que tuvo por móvil, no ya el entusiasmo religioso, sino el espíritu caballeresco, la sed de conquistas y de botin, no presenta los prodigios que señalaron á las demas. El pontífice y sus legados, son mucho

ménos obedecidos que los jefes. Jerusalem está en boca de todos, pero nadie da un paso para libertarla. Saben los cruzados que están en entredicho, y no dejan de continuar en su empresa; en fin, su conquista viene á parar en mostrar á los bárbaros que la barrera que les han opuesto hasta entonces las murallas de Bizancio no era insuperable. Sólo Venecia se aprovechó de ella. Más ilustrada que la demas llevó obras maestras del arte, y como no estaba regida feudalmente, las conquistas de cada uno de los suyos se volvieron en ventaja del Estado; aumentóse su crédito, y conservó los países que convenian á su comercio. Permitted á algunos de sus ciudadanos someter las islas del Archipiélago, y poseerlas en calidad de vasallos.

Mientras pasaban estas cosas, los estados de la Palestina despues de haber sufrido los horrores del hambre, de la peste y de los temblores de tierra, quedaban continuamente con temor de las incursiones al descubierto, ó de los puñales de los asesinos que herian en la sombra. Despues de la muerte de Amalrico, rey titular de Jerusalem, una doncella, nacida de Isabel y de Conrado, marqués de Tiro, se encontró heredera de sus derechos; y para reducirlos á hecho por medio de los socorros de Occidente, le buscaron un esposo en Europa. Felipe Augusto propuso á Juan de Briena, que educado en una familia guerrera, no habia podido acostumbrarse al claustro, de donde habia salido para cubrirse de gloria. Aceptó con alegría el título de rey de Jerusalem, que prometia más fatigas que honor procuraba, y prometió ir á recibirlo con un ejército. Alentados los cristianos de Palestina con esta esperanza, se negaron á la proposicion hecha por Malek-Adel de renovar la tregua; pero Briena no pudo reunir más de trescientos caballeros, y hasta las mismas fiestas de su coronacion no se pasaron sin temor de alguna incursion de Malek-Adel. En vano Briena desplegó mucho valor: sin recursos y reducido solamente á Tolemaida, pidió socorro á Europa; no cesaba Inocencio de predicar con este objeto; pero muchos intereses extraños á la Tierra Santa ocupaban entonces al Occidente.

Pareció que el ardor que se habia apagado en los hombres se habia reanimado en los ni-

ños (1512). Se vió á una multitud de cincuenta mil cruzarse, tanto en Francia como en Alemania, y salir gritando: ¡Jesus, Jesus, devolvednos nuestra cruz! Se habia anunciado á estos desgraciados tal sequía, que la marse agotaria, y nada pudo detenerlos. Pasaron los Alpes, contestando á los que les preguntaban, dónde iban: *Vamos á libertar el sepulcro del Salvador*; pero llegados á Italia, sucumbieron de fatiga. Treinta mil de ellos que habian pasado por Marsella, cayeron en poder de los mercaderes de esclavos que los vendieron en Africa.

Cuando Inocencio supo este desastre, exclamó: *Los niños son un cargo para nosotros que dormimos, al paso que desafian todo peligro para correr á la Tierra Santa*. No descuidó el santo padre ningun medio para despertar la Europa: escribió al sultan del Cairo para invitarle á ceder á los fieles la ciudad santa, anunciándole que habia llegado el dia en que Dios, apaciguado, la volveria á los que la habian perdido á causa de sus pecados. Legados y obispos recorrian toda la Europa; principalmente el cardenal Courzon iba dando la cruz á todos los que la pedian; niños, ancianos, tullidos y ciegos. Fué segundado por Santiago de Vitry; la extension de su saber hizo que le pidieran por obispo los fieles de Tolemaida.

En Francia, Felipe Augusto destinó á los gastos de la cruzada la cuadragésima parte de sus rentas alodiales; en Inglaterra, Juan sin Tierra tomó la cruz, aunque sin intencion de pasar á Ultramar. Federico II siguió su ejemplo. El papa usó de los razonamientos y elocuencia en un concilio ecuménico, donde habian acudido prelados y señores de todos los países del mundo; pero debia tratarse allí de cosas de mayor urgencia. Se mandó colocar cepillos en todas las iglesias para recibir las limosnas de los fieles. El clero tuvo que contribuir con la vigésima parte de sus rentas; el papa y sus cardenales se impusieron la décima parte. Una paz de cuatro años se proclamó entre los príncipes, y la excomunion fué pronunciada contra los corsarios que molestaran á los peregrinos en la travesía; se comprometió el papa á proporcionar tres mil marcos de plata y cierto número de barcos de transporte. Pusieron en camino los predicadores, prohibiendo los bailes, los torneos, los juegos públicos,

y exhortando en las córtes y plazas públicas á los fieles á tomar la cruz. Pareció despertarse el antiguo fervor; volvieron á aparecer los milagros; los trovadores cesaron de cantar los amores para hacer resonar el grito de guerra. Los cruzados se disponian á seguir á Inocencio, que habia prometido guiarlos en persona; pero en medio de los preparativos, llegó á morir, y con él se desvaneció esta expedicion embarazada por tantas vicisitudes.

CAPITULO VII

Sexta Cruzada

Honorio III, á quien designaron por sucesor (1216), se apresuró desde el dia siguiente de su exaltacion al trono pontifical, á escribir á los cristianos de Siria que continuaria la obra de Inocencio III. Al mismo tiempo exhortó á los obispos á predicar la guerra santa, y á los príncipes á hacer las paces, á fin de poder dirigir la empresa. Pero Francia é Inglaterra continuaban sus hostilidades; Federico II no sabia más que prometer y retractarse de sus promesas, aunque se mostraban propicios á la expedicion los prelados y los señores de Alemania. Especialmente Andrés II de Hungría, que habia jurado á su padre cumplir el voto que este rey habia hecho en su lecho de muerte, tomó la cruz y se dispuso á partir, á pesar de las disensiones suscitadas en sus estados por las intrigas de su mujer Gertrudis; mandó tambien predicar la cruzada en los países recién convertidos, de donde acudieron á alistarse bajo sus banderas fervorosos reclutas.

Habiéndose puesto al fin en camino en compañía de los duques de Baviera y de Austria y de muchos señores y prelados alemanes, llegó á Espalatro, desde donde las naves de Venecia, de Zara y de Ancona les trasladaron á Chipre. Incorporáronseles en aquel punto otros cruzados procedentes de Brindis, de Génova, de Marsella; y habiéndose unido á ellos Lusignan, rey de Chipre, se encaminaron todos hácia Tolemaida.

A la llegada de este ejército se regocijaron los cristianos y se asustaron los musulmanes; pero en breve faltaron los víveres, y la necesidad obligó á los cruzados á dedicarse al mero deo. A fin de evitar estragos en las tierras de los cristianos, fueron guiados por Juan de